

# CRISTO, SEÑOR DEL UNIVERSO

Dedicamos un nuevo número de nuestra revista a la liturgia cósmica, continuando y completando los artículos del número precedente. Si bien en aquella ocasión eran las cuestiones más concretas de la relación cosmos y liturgia las que centraron nuestra atención, ahora son los temas de fondo los que son tratados, esto es, aquellos que nos proporcionan los fundamentos teológicos de la liturgia cósmica.

En primer lugar, Matías Augé nos explica la sacralidad del tiempo: cómo el tiempo humano se convierte en tiempo sagrado por la intervención de Dios en nuestra historia; cómo la historia de los hombres se transformó en historia de salvación.

Después, Dionisio Borobio abre el horizonte sacramental a todo el cosmos ya que, por una parte, Dios está presente en la creación y, por otra, los sacramentos incluyen en su estructura lo creatural-cósmico. Por ello intentará mostrarnos cómo hacer nuestras liturgias más inclusivas de la creación y cómo hacer de la creación una liturgia más explícita.

En tercer lugar, Jordi Latorre describe la visión del cosmos en la Biblia, el universo del pueblo hebreo. Éstos, a diferencia de las otras culturas, no deificaban los astros celestes sino que eran criaturas de Dios y, por tanto, estaban bajo su dominio, entendiendo la creación entera como una liturgia que canta una alabanza a su creador.

*Cristo: principio creador, sustento del universo y recapitulación de toda la creación*

Pío XI, con el fin de que se reconociera la soberanía de Cristo sobre todo el universo, instauró en 1925 una fiesta en honor de Jesucristo Rey,<sup>1</sup> que fue fijada el último domingo de octubre, pasando tras la reforma postconciliar al último domingo del Año Litúrgico. No se trataba de una idea novedosa. Ya en la Biblia, concretamente en los himnos cristológicos de las cartas paulinas, se canta el señorío de Cristo sobre la creación entera, pues las primeras comunidades eran conscientes de que Cristo, tras su resurrección, había sido constituido Señor de todo el universo (cf. Hc 2, 36):

Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, y en el abismo. Y toda lengua proclame Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Flp 2, 9-11).

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor ... Éste es el plan que había proyectado realizar por Cristo cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra (Ef 1, 3-4. 10).

Por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, tronos, dominaciones, principados, y potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él (Col 1, 16-17).

Afirmar que el Padre tuvo a Cristo como principio en la creación, que éste es, a su vez, el sustento del universo y que, al final de los tiempos, todo el universo será recapitulado en él tiene una consecuencia triple.

En primer lugar, la creación entera es presencia de su creador, pues lleva marcada su impronta. Y así, tan bellamente, san Fran-

---

1 Cf. Pius XI, "Litterae encyclicae de festo D.N.I.C. Regis constituendo *Quas primas* (11 decembris 1925)", AAS 17 (1925) 593-608.

cisco de Asís agradeció a Dios todas y cada una de las criaturas porque le hablaban de su Señor:

Altísimo y omnipotente buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición. A ti solo, Altísimo, te convienen y ningún hombre es digno de nombrarte. Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas, especialmente...

En segundo lugar, toda la creación está llamada a alabar a Dios como consecuencia de su ser criaturas. Es un signo de su dependencia y de su subordinación respecto al creador. Y así el profeta Daniel invita a que cada una de las criaturas bendiga al Señor (cf. Dn 3, 56-88):

Bendito el Señor en la bóveda del cielo, alabado y glorioso y ensalzado por los siglos. Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos. Ángeles del Señor, bendecid al Señor; cielos, bendecid al Señor. Aguas del espacio...

Y en tercer y último lugar, el universo entero está llamado a una transformación plena, pues Cristo con su resurrección ha dado comienzo a una nueva creación, que se producirá con la segunda venida del Señor. Por ello, la creación entera aguarda expectante la manifestación plena de Dios (cf. Rom 8, 19-22) porque entonces se convertirá en una nueva realidad, esto es, en unos cielos nuevos y en una tierra nueva (cf. Ap 21, 1ss.).

Por ello podemos decir que, teniendo de fondo esta perspectiva, la liturgia sobrepasa las barreras de la Iglesia para abrirse a todo el universo, a la creación entera.

### *Cristo, centro del Año Litúrgico*

La total centralidad de Cristo configura el Año Litúrgico. De modo que el propio Año Litúrgico, no es una sucesión de fiestas inconexas, que celebran unos acontecimientos inertes del pasado o una serie de ideas. El Año Litúrgico es una persona: Cristo. Así lo afirmó Pío XII en 1947 en la encíclica *Mediator Dei*: "es Cristo mismo que persevera en su Iglesia."<sup>2</sup> De tal modo que a través del año

2 Pius XII, "Litterae encyclicae de sacra liturgia *Mediator Dei* (20 novembris 1947)", AAS 39 (1947) 580.

es celebrada la obra salvífica de Cristo, cuyo culmen es la Pascua. Cristo es, por tanto, el fundamento del Año Litúrgico. Todas y cada una de las celebraciones inscritas en el Calendario tienen en Cristo su origen, como en su fuente, él mismo es su contenido y tienden a él, como a su fin.

El domingo fue la única celebración de las comunidades cristianas en sus orígenes, siendo enriquecida poco tiempo después con la conmemoración anual de la Pascua. Sin embargo, la redención, aunque tiene su máxima expresión en la muerte y resurrección de Jesucristo, comienza con su nacimiento y no llegará a plenitud hasta su retorno glorioso. Por ello la Iglesia, con el paso del tiempo, fue desarrollando el misterio de Cristo instituyendo otras celebraciones y tiempos litúrgicos, como el Adviento, la Navidad, la Cuaresma... o el recuerdo de la Virgen María y los santos, inicialmente mártires, en quienes ya se ha hecho realidad la Pascua de Cristo.

El Triduo pascual de la Pasión y Resurrección del Señor es el punto culminante de todo el Año Litúrgico, ya que la obra de la redención de los hombres y de la glorificación perfecta de Dios la ha cumplido Jesucristo principalmente por medio del misterio pascual, con el cual muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida.<sup>3</sup>

El gozo de la resurrección se prolonga durante cincuenta días, como si de un único día se tratase, más aún, como un gran domingo, que concluyen con la celebración de la efusión del Espíritu Santo en la fiesta de Pentecostés.<sup>4</sup>

Para preparar la celebración de la Pascua, la Iglesia llama a la conversión durante el tiempo de Cuaresma invitando a la oración, el ayuno y la limosna para que así los fieles con el corazón limpio y espíritu renovado puedan seguir participando de la vida divina que recibieron en su bautismo, muriendo al hombre viejo.

Después de la celebración anual de la Pascua, la Iglesia destaca la memoria del nacimiento del Señor y de sus primeras manifestaciones que se celebran en el tiempo de Navidad, siendo

---

3 Cf. *Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario*, 18.

4 Cf. NUAL 22.

considerado el nacimiento del Hijo de Dios como el comienzo de nuestra redención que tuvo lugar con la muerte y resurrección de Cristo.<sup>5</sup>

El tiempo de Navidad está precedido del Adviento que, por una parte, prepara su celebración y, por otra, gracias al recuerdo de la primera venida del Hijo de Dios a los hombres, dirige a los fieles hacia la expectación de la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos.<sup>6</sup>

En los días del año que no pertenecen a ninguno de estos tiempos litúrgicos, no se celebra un aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino que se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud.<sup>7</sup> Esto se hace realidad, de modo particular, los domingos, Pascua semanal, donde la Iglesia hace presente la muerte y resurrección del Señor, que ha vencido al pecado y a la muerte abriéndonos las puertas de la vida divina.<sup>8</sup>

Y no sólo los mencionados tiempos litúrgicos centran nuestra atención en Cristo, sino también las celebraciones de la Virgen María y de los santos. Ya que éstos no son sino una expresión de la santidad del Hijo de Dios manifestada en sus seguidores, y al venerar a los santos nuestra mirada se dirige al misterio pascual que se ha cumplido en ellos, que sufrieron con Cristo y fueron glorificados con él.<sup>9</sup>

### *Cristo, eje vertebrador de nuestra vida*

Si hemos dicho, por una parte, que el universo entero tiene en Cristo su origen, su sustento y su meta y, por otra, que Cristo es el contenido de todos los tiempos que componen el Año Litúrgico y de todas las celebraciones que jalonan su Calendario, nos falta dar un último paso que afecta a nuestra existencia personal: Cristo debe ser también el eje vertebrador de nuestra vida. De modo que podamos decir que “en él vivimos, nos movemos y existimos”

---

5 Cf. NUAL 32.

6 Cf. NUAL 39.

7 Cf. NUAL 43.

8 Cf. NUAL 4.

9 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 104.

(Hch 17, 28) hasta el punto de considerar todo basura con el fin de ganar a Cristo (cf. Flp 3, 8).

### *Una confesión final*

Quiero concluir esta editorial ofreciendo una “confesión” personal. Desde pequeño, además de mi pasión por la liturgia, me fascinaba mirar al cielo: “cuando contemplo el cielo, la luna y las estrellas que has creado” (Sl 8, 4). En cuanto pude me compré un telescopio, para poder profundizar en mi *hobby* observando la obra divina, y algunos libros sobre el tema, que ampliaran mis conocimientos al respecto.

Es, por tanto, una satisfacción para mí haber dedicado dos números de la revista *Phase* a la relación del cosmos con la liturgia, pues de esta manera se une mi pasión litúrgica con mi afición astronómica.

José A. GOÑI